

RESEÑAS

Francisco Javier Díez de Revenga. *Las Vanguardias y la Generación del 27*. Madrid: Síntesis, 2004.

Francisco Javier Díez de Revenga, especialista en el estudio de las vanguardias y de la Generación del 27, ha publicado recientemente este estudio en el que, a través de un estilo didáctico, pero siempre preciso, propone un recorrido por los principales hechos y figuras implicadas en el desarrollo de la poesía española de los años veinte.

El libro, que tiene forma de manual, está dividido en cinco capítulos. Los dos primeros aportan una visión general de los movimientos de vanguardia (concepto y sentido, estética y renovación, desarrollo y aplicación en la literatura española...), mientras que los restantes se centran en figuras concretas de escritores —ya sea principales, ya secundarios— cuyas obras y labor de difusión fueron importantes para su desarrollo.

Además del estudio propiamente dicho, al final del volumen se incluyen un índice nominal, un glosario, una cronología y una bibliografía, herramientas que ayudarán al público no especializado a adentrarse en el mundo de la vanguardia literaria. En el índice nominal Díez de Revenga recoge, ordenados alfabéticamente, todos los nombres que se han citado a lo largo del estudio, acompañados de un par de líneas en las que se resumen los rasgos esenciales que los definen: lugar y fecha de nacimiento, profesión, relación con la literatura, etcétera. Con el mismo criterio de definición y síntesis, se recogen en el glosario los principales nombres de revistas, de movimientos culturales y políticos, de lugares emblemáticos, de géneros y de conceptos en general, que pueden ser desconocidos para los lectores. En cuanto a la cronología, se trata de un cuadro de diez páginas que resume de manera bastante plástica los hechos más interesantes relacionados con el desarrollo de la vanguardia, el panorama histórico-social y el mundo cultural y artístico, desde 1983 hasta 1999. Finalmente, hay una amplia bibliografía en la que se

Signos Literarios

recogen casi cincuenta obras que resultarán básicas para los interesados en profundizar en las vanguardias y la Generación del 27.

Aunque la crítica actual todavía no ha establecido si los poetas del 27 son grupo literario propiamente dicho o no, los datos que aporta Díez de Revenga llevan a pensar que efectivamente así es. El primer elemento que los vincula, al menos en apariencia, es, según el autor, una suerte de hechos externos, sobradamente conocidos por todos. La famosa antología de Gerardo Diego, algunas fotos de grupo, el tantas veces mentado homenaje a Góngora y también “unos propósitos que, cada uno a su modo, todos los poetas desarrollaron a lo largo de los años” (10) son algunos de los elementos que vinculan generacionalmente a escritores como Lorca, Alberti, Cernuda o Aleixandre. Sin embargo, para Díez de Revenga no sólo se trata de una unión aparente, sino profunda. Y es que lo que realmente cohesion a estos autores es su estética, valor que, sin lugar a dudas, puede determinar la existencia de un grupo generacional. “Hay que hablar, más que de actitud estética común, de puntos de coincidencia. Y señalar que el 27 se caracteriza por una misma capacidad de acción en tres sentidos o actividades: innovación, renovación y recuperación” (10). La innovación, en primer lugar, implica la búsqueda de una poesía nueva que no rompe, como en las vanguardias europeas, con la tradición anterior, sino que parte de ella. La renovación, en segundo lugar, supone la búsqueda de nuevos caminos en la belleza que culminará en procedimientos y materiales estéticos concretos. Y la recuperación, finalmente, conlleva la reinterpretación de la tradición española (especialmente de Góngora y de la literatura oral) que se verá plasmada en el llamado “neopopularismo” de autores como Lorca o Alberti.

“El ultraísmo, el creacionismo y el surrealismo son considerados los tres movimientos básicos e inmediatamente sucesivos de la vanguardia en España” (16); el problema que plantea su estudio es, según Díez de Revenga, la ausencia de ediciones de los poetas más representativos. Ante esta situación hay que recurrir a las revistas poéticas, más o menos efímeras, de la época (*Los Quijotes*, *Cervantes*, *Grecia*, *Ultra* o *Reflector*, por citar algunas de las que aparecen en este estudio) y a las investigaciones acerca de las tertulias; lugares ambos donde “se transcribieron los atrevimientos de los jóvenes poetas que querían irrumpir con sus nuevas invenciones en el panorama de la lírica del momento” (18). A través de estas dos fuentes es como el autor logra proporcionar una imagen sencilla y precisa de en qué consisten, cómo surgen y cuál es el principal sentido de estos tres movimientos vanguardistas que se desarrollaron a principios de siglo en las letras españolas.

Uno de los problemas que se suele plantear ante el estudio de estos autores que comienzan a escribir en la década de los veinte, es el de designar un nombre que los englobe como grupo poético. El más usual, y defendido por el autor, es el de Generación del 27; título que creó y acuñó Ángel Valbuena Prat en la reedición de 1957 de su *Historia de la literatura española*. “Con el término de ‘Generación del 27’ o ‘Poetas del 27’ se designa, desde entonces, al grupo de poetas [...] que empezaron a publicar poemas y libros de poesía en los años veinte y han constituido y constituyen la página más importante de nuestra historia literaria en el siglo XX” (33). El problema del término es que no es el único; la nómina, de hecho, es enorme: *Generación de la amistad*, “un grupo de amigos”, *Generación de los poetas-profesores*, *Generación Guillén-Lorca* o *Lorca-Guillén*... No obstante, Díez de Revenga no duda en defender el de “Generación del 27” apuntando, con Juan Manuel Rozas, tres razones que lo justifican: “es la fecha del centenario de Góngora, aparecen las más importantes revistas poéticas del grupo y se publican algunos de los libros más representativos de la nueva estética” (34).

Otro de los problemas es el de “determinar quiénes son los poetas de la Generación del 27, quiénes pertenecen y quiénes no a la nómina generacional más pura y completa” (36). Y es que a lo largo de los años han aparecido listados diferentes. No resulta fácil, ante esta situación, decidirse por un solo criterio; sin embargo, tal y como señala el autor, “desde el punto de vista metodológico, el concepto de Generación del 27 [...] se suele utilizar para los ocho o diez nombres, los ‘nueve o diez poetas’ a los que se refirió Salinas y que, en definitiva, son los que han recibido una mayor atención de los lectores, de los estudiosos y, de hecho, cuentan con una atención editorial y bibliográfica más completa. Esa nómina central o nuclear estaría compuesta por Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Emilio Prados, Luis Cernuda, Rafael Alberti y Manuel Altolaguirre” (36).

La estética y la renovación que suponen las nuevas vías artísticas son otros dos aspectos que se tratan, también con cierta profusión, en la primera parte del manual. “La realidad de los movimientos de vanguardia al iniciarse la década de 1920 en España determina en todos los ambientes literarios la existencia de un anhelo de renovación que afecta a todos los géneros y formas de la poesía” (48). Renovación que no puede ser entendida sin su fusión con la tradición, gesto genuino y único de este grupo de poetas. Ultraísmo, creacionismo, surrealismo, poesía pura, gongorismo y poesía social, entre otros caminos y tendencias, constituyen, así, el fundamento estético múltiple y variado que da forma a sus poéticas. Y es que, tal y como advirtió Dámaso Alonso, “la Generación del 27 [...] trata de

Signos Literarios

hacer síntesis del importante componente de conocimiento de los clásicos españoles que caracteriza a casi todos sus componentes, próximos por profesión algunos de ellos, por entusiasmo todos los demás, al estudio de nuestra historia literaria” (52). La presencia del Siglo de Oro español en sus obras comienza por Góngora y su reivindicación en el año del centenario de la muerte del poeta cordobés; pero además, cabe destacar la presencia de otras figuras, también esenciales en el desarrollo de su lenguaje poético, como San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Quevedo o Lope. Todo ello irá unido a la lírica popular (sobre todo en el llamado neopopularismo de Lorca, Alberti y Gerardo Diego), que “es una de las aportaciones más ricas y variadas que estos poetas llevaron a cabo en el campo de la recuperación de nuestro patrimonio tradicional” (53).

En el segundo capítulo, Díez de Revenga expone cómo el estudio de las revistas de vanguardia resulta crucial para entender el desarrollo de nuestra historia literaria, por ser este el principal medio de difusión de los poetas de la época. Desafortunadamente, hoy en día son nombres que en su mayor parte han sido olvidados, por lo que el autor propone una amplia y detallada nómina de poetas y colaboradores que estuvieron vinculados, en mayor o menor medida, a los movimientos vanguardistas del ultraísmo (Rafael Cansinos-Asséns, Guillermo de Torre, José de Ciria y Escalante, Francisco Vighi...), el creacionismo (Gerardo Diego, Vicente Huidobro, Juan Larrea, Luis Álvarez Piñer...) y el surrealismo (cuyo máximo exponente fue José María Hinojosa).

El tercer capítulo es el mayor en extensión, ya que está dedicado a los principales representantes de la Generación del 27. Está dividido en cinco apartados, cada uno de los cuales se centra en uno de los cinco poetas que Díez de Revenga considera esenciales; a saber, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Dámaso Alonso y Rafael Alberti —los “otros poetas del 27” aparecerán en el capítulo cuarto del libro. A su vez, cada autor está estructurado en diferentes subapartados, entre cuatro y ocho, en los que se trata de manera bastante concisa aspectos como la vida del poeta, su obra poética, etapas literarias, géneros cultivados o su obra filológica. Resulta curioso que Díez de Revenga haga caso omiso de Federico García Lorca, Luis Cernuda y Vicente Aleixandre, quienes no aparecen en la lista de autores principales —ni siquiera en la de secundarios—; sin embargo, lo más llamativo es que no exista justificación alguna a lo largo del estudio en la que se establezca la causa de estas ausencias. Más bien al contrario, en los dos primeros capítulos del libro se sobreentiende que Lorca, Cernuda y Aleixandre son tres de las figuras principales y conformadoras de lo que hoy entendemos por Generación del 27.

El primer poeta estudiado es Pedro Salinas. Tras algunas consideraciones acerca de su vida, el autor plantea un recorrido por su obra que, a pesar de tener una clara unidad, puede ser dividida, tal y como estableció Jorge Guillén, en tres etapas: “por un lado, una inicial —de 1923 a 1931— comprende *Presagios*, *Seguro azar* y *Fábula y signo*. La segunda, considerada ‘ciclo verdadero’, va desde 1933 a 1938 y en ella ‘se desenvuelve el gran tema’: *La voz a ti debida*, *Razón de amor* y *Largo lamento*. Y, finalmente, otros tres libros correspondientes a la década de 1940: *El contemplado*, *Todo más claro* y *Confianza*” (88). Díez de Revenga dedicará también parte del estudio a la obra menos conocida de Salinas, como es su narrativa —*Vispera del gozo*, *La bomba increíble* y *El desnudo impecable y otras narraciones*—, su teatro —catorce piezas escritas entre 1936 y 1951 que han tenido muy poca fortuna editorial— y su obra ensayística, entre la que destaca *El defensor*, “que puede ser considerado el texto más puro, dentro del género ensayo, del poeta” (105).

Jorge Guillén es el siguiente poeta analizado. Díez de Revenga alude, por un lado, a los cinco libros que constituyen su obra poética (*Cántico*, *Clamor*, *Homenaje*, *Y otros poemas* y *Final*). Obra que debe ser observada en su conjunto como un todo unitario que analiza profundamente la vida del poeta y su presencia en el mundo, desde un planteamiento humanista que define toda su obra. Y, por otro, a su prosa, recopilada por Francisco Díaz de Castro en 1999 y “compuesta de artículos y estudios sobre literatura española propios de su actividad como lector y profesor” (121).

El siguiente autor es Gerardo Diego, cuya poesía se distingue por su fecunda variedad estética y temática. Para entender su obra poética, el autor propone una distinción entre tres “modos” que cultivará, con mayor o menor profusión, a lo largo de su vida: “poesía creacionista”, que es la que más se vincula a las vanguardias (*Imagen*, *Manual de espumas* y *Biografía incompleta*), “poesía relativa”, que supone una clara fusión de clasicismo y modernidad (*Fábula de Equis* y *Zeda*, *Poemas adrede*, *Alondra de verdad*, *Ángeles de Compostela*, *Mi Santander*, *mi cuna*, *mi palabra*, *Romancero de la novia*...) y “etapa de plenitud”, en la que el poeta, a partir de su jubilación en 1966, se dedica a recuperar textos y a publicar nuevos libros caracterizados por una poesía mucho más personal, “de reflexión moral sobre la vida y la muerte” (133). En cuanto a su obra en prosa cabe destacar que, a pesar de haber sido bastante desconocida hasta no hace mucho tiempo, ya en 1997 se inició una reedición de los más de tres mil quinientos originales que abarcan los intereses más variados.

Signos Literarios

El cuarto apartado está dedicado a Dámaso Alonso. Sus libros poéticos, descritos todos ellos por Díez de Revenga como excepcionales, se inician con *Poemas puros. Poemillas de la ciudad*, al que seguirán muchos años después *Oscura noticia* y el imprescindible *Hijos de la ira*, que aparece en 1944 y supone una verdadera conmoción para las letras españolas. “La ruptura propiciada por el poemario alonsiano, dramático y directo, ha de afectar a todos y cada uno de los elementos constitutivos de la creación poética, porque formas, temas, argumentos, imágenes y recursos de origen singular habrán de renovar definitivamente el panorama poético español” (144). Otros libros suyos son *El viento y el verso*, *Hombre y Dios*, *Gozos de la vista* y *Dudas y amor sobre el Ser Supremo*, publicado en 1985. Sin embargo, tal y como resalta Díez de Revenga, “la trascendencia de la figura de Dámaso Alonso, en la cultura española, supera con facilidad los límites fijados habitualmente en torno a la personalidad de un poeta, de un creador, ya que en Dámaso Alonso confluyen, además de las extraordinarias cualidades [...] de su obra poética, la dimensión inmensa de su obra filológica, crítica y estilística, a la que hay que unir su puesto de pionero y militante principal en defensa de la lengua española, la lengua común, que él entendió y estudió como nadie” (140).

Finalmente, el quinto autor que aparece bajo el rótulo de “Los poetas del 27” es el gaditano Rafael Alberti. Poeta fecundo, autor de numerosos libros, entre los que se suelen señalar como obras maestras *Marinero en tierra*, *Sobre los ángeles* y *A la pintura*, “pero cuyo desarrollo asistirá a la constante búsqueda de una expresión poética personal que, siguiendo el sino de otros poetas de su generación, le hará atravesar una serie de etapas sucesivas y hasta contradictorias desde el punto de vista estético: neotradicionalismo, gongorismo, surrealismo, poesía social y política, poesía del destierro, neotradicionalismo de nuevo, hasta llegar a la etapa de senectud, tan peculiar en este poeta como en otros de su generación” (157). Pues bien, es precisamente esta evolución cronológica algo confusa la que sigue Díez de Revenga en su estudio para analizar la obra del poeta andaluz. Por otro lado, Alberti también cultivará, al igual que los poetas anteriores, otros géneros. Así, los dos últimos apartados están dedicados a su teatro, “elogiado más por sus virtudes poéticas que estrictamente teatrales” (171), y a su prosa: artículos y ensayos breves publicados en revistas y periódicos a lo largo de toda su vida, y *La arboleda perdida*, memorias de gran valor documental.

El capítulo cuarto del libro lo dedica Díez de Revenga a los “otros poetas del 27”; a saber, poetas hoy en día considerados secundarios, pero cuyas aportaciones

al desarrollo de la poesía española son importantes. Se trata de Emilio Prados, Manuel Altolaguirre y Fernando Villalón.

Emilio Prados es autor de numerosos libros que responden, para la crítica general, a tres etapas sucesivas, o lo que es más, a una triple visión de mundo “que va desde los inicios cercanos al espíritu del 27, aunque con una visión personal más cercana al surrealismo que a la poesía pura o al gongorismo, a su interpretación de la lucha política y social y finalmente a la dolorida y dilatada etapa del exilio cercana a nuestra mística” (176).

El también malagueño Manuel Altolaguirre, el más joven del grupo, destaca no solo por su poesía —que si no fue muy abundante, sí de gran valor—, sino también por sus actividades al frente de diversos proyectos editoriales, revistas y, al final de su vida, por su dedicación al cine. También cultivó otros géneros como el teatro, el ensayo, la crítica literaria y sus memorias, *El caballo griego*, que desgraciadamente no pudo finalizar.

Por último, Fernando Villalón suele ser incluido en la nómina de poetas del 27 “debido a la amistad que mantuvo con muchos de ellos, a su participación en alguna de las revistas de la época y, sobre todo, a la fecha de publicación de sus libros, entre 1926 y 1930” (185); si bien es verdad que por su edad era coetáneo de Juan Ramón, sus publicaciones son cronológicamente posteriores. “Cultivador del modernismo, pronto se integró en los afanes renovadores de los poetas del 27, y del gongorismo militante pasó hacia zonas más ambiciosas cultivando en sus últimas muestras conocidas una poesía más impresionista y abstracta que se aproximó ya en los últimos meses de su vida a las primeras experiencias surrealistas” (187).

El quinto y último capítulo de *Las Vanguardias y la Generación del 27* trata de “otros poetas de la época” que, si bien es cierto que tuvieron una importancia relativa, participaron en las revistas literarias de la época, publicaron libros de interés y mantuvieron relaciones de amistad y colaboración literaria con los componentes del núcleo central del 27. Algunos de estos nombres a los que Díez de Revenga presta atención son Juan José Domenchina, Ernestina de Champourcín, Mauricio Bacarisse, Concha Méndez, Rafael Laffón, Pedro Pérez-Clotet, Antonio Oliver y Miguel Valdivieso.

Finalmente, el autor dedica un último apartado a “los vanguardistas canarios”, poetas que entre 1932 y 1936 se reúnen en torno a la revista *Gaceta del Arte*, dirigida por Eduardo Westerdhal. Este movimiento, que afectó a todas las manifestaciones del arte y aun del pensamiento y de la vida de aquellos años en las Islas es, en palabras del autor, “la expresión [...] más cercana a los cánones más ortodoxos del surrealismo practicada nunca por poetas españoles” (200).

Signos Literarios

De hecho, algunas de sus actividades, como la Exposición Surrealista Internacional de 1935 o su Boletín Internacional del Surrealismo, tuvieron resonancia nacional e internacional. Entre las figuras más destacadas cabe nombrar a Agustín Espinosa, Pedro García Cabrera, Emeterio Gutiérrez Albelo o, el más joven, Domingo López Torres.

En conjunto, se trata de un libro que, a pesar de su sencillez y claridad, tiene una clara pretensión crítica y de síntesis. Su estructura, propia incluso de manual, facilita el acercamiento al mundo de la vanguardia, sin simplificar ni banalizar, por ello, los temas tratados. Cabe resaltar el importante trabajo de documentación llevado a cabo por el autor con la intención de proporcionar una idea cabal no sólo de la época, sino de cada una de las figuras, sean principales o secundarias, que conforman la llamada Generación poética del 27.

No podemos olvidar, sin embargo, la omisión en estas páginas de autores tan importantes como Lorca, Cernuda o Aleixandre. Omisiones que hacen de esta publicación un estudio importante, pero no definitivo para el acercamiento a la poesía de vanguardia española.

Teresa Choperena Armendáriz

Universidad de Navarra

D. R. © Teresa Choperena Armendáriz, D.F., julio–diciembre, 2006.

Maricruz Castro, Laura Cázares y Gloria Prado, ed. *Escrituras en contraste: Femenino/Masculino en las literaturas de América*. Aldous/ Universidad Autónoma Metropolitana—Iztapalapa, México, 2005.

He llegado en los últimos años a pensar que muchas veces la lectura apasionada se consume en una lectura. Dicho de otro modo: la escritura es una de las formas más acabadas de la lectura. Se cierra así ese círculo virtuoso y el lector queda atrapado por el texto a la vez que el texto queda atrapado por el lector. Una sensación de este tipo tuve al leer *Escrituras en contraste. Femenino/Masculino en las literaturas de América*, donde varias devotas lectoras se convierten en autoras de primorosos comentarios sobre obras a las que han dedicado su mayor interés: auténticas escrituras de otras escrituras.